

GUERRA CIVIL, SOCIALISMO Y DEMOCRACIA EN JUAN CARLOS MARÍN A PARTIR DE SUS DEBATES CON EL MIR CHILENO EN LOS 80

Civil War, Socialism and Democracy in Juan Carlos Marín based on his debates with the chilean MIR in the 80s

JOSÉ GABRIEL GIAVEDONI¹ 

Universidad Nacional de Rosario - CONICET

josegiavedoni@hotmail.com

Recibido: 22/07/2026 - **Aceptado:** 21/09/2026

Resumen

Durante la década de los 80, los debates latinoamericanos sobre las transiciones a la democracia reorganizaron el pensamiento político en torno al concepto de “democracia”, articulando un campo semántico integrado por nociones como régimen político, sistemas electorales, instituciones y libertades. Este discurso adquirió una posición hegemónica en la producción de sentido sobre el orden político. Sin embargo, coexistieron con él otras perspectivas que continuaron pensando la democracia en relación a la revolución y el socialismo. Entre ellos se destacan las intervenciones de Juan Carlos Marín, quien mantuvo la matriz de la guerra para pensar la política; matriz que plasmará en una serie de encuentros con un sector del MIR a mediados de los 80, donde se establecerá una comunión entre guerra civil, revolución, socialismo y democracia. Así, el objetivo del presente trabajo es reconstruir arqueológicamente el campo discursivo en el que esas nociones se ponen en juego y pretenden construir un andamiaje sólido para pensar la política, caracterizar el momento y producir una política revolucionaria.

Palabras claves: Juan Carlos Marín; democracia; guerra civil, socialismo; Chile; MIR.

Abstract

During the 1980s, Latin American debates on transitions to democracy reorganized political thought around the concept of “democracy,” articulating a semantic field made up of notions such as political regime, electoral systems, institutions, and freedoms. This discourse acquired a

¹José Gabriel Giavedoni es Doctor en Ciencia Política por la UNR. Actualmente, profesor titular de Pensamiento Social y Político Latinoamericano en la carrera de Ciencia Política, Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la UNR e investigador independiente del CONICET. Ha dictado diferentes cursos de posgrado en universidades nacionales y extranjeras. Es director del Centro de Investigaciones en Gubernamentalidad y Estado, coordinador del Grupo de Estudios Arqueológicos sobre Pensamiento Latinoamericano, radicados ambos en el Instituto de Investigaciones de la Facultad. Ha publicado diversos artículos en revistas especializadas nacionales e internacionales. Sus temas de investigación han sido el neoliberalismo como racionalidad de gobierno. Desde hace unos años se encuentra trabajando en los discursos de la guerra durante las transiciones a la democracia en América Latina. Su interés está en un conjunto de intervenciones por parte de Centros de Investigación, intelectuales pertenecientes a los mismos, posicionamientos públicos de ellos frente a determinadas circunstancias que durante los tempranos '80 y hasta los '90, pensaron desde una perspectiva que seguía reflexionando la política a partir de la matriz de la guerra. La particularidad es que estos discursos no dejan de pensar en clave de guerra el escenario que se abre con la recuperación de la democracia, en otras palabras, suponen no dejar de reconocer la guerra como constitutiva y reproductora del orden democrático post-dictadura y no como un elemento anómalo y disfuncional al mismo.

hegemonic position in the production of meaning concerning the political order. However, other perspectives coexisted with it that continued to think about democracy in relation to revolution and socialism. Among them was Juan Carlos Marín, who did not abandon the framework of war as a way of conceptualizing politics –an approach that took shape in a series of meetings with a faction of the MIR in the mid-1980s. These interventions established a connection linking civil war, revolution, socialism and democracy. Thus, the aim of this study is to archaeologically reconstruct the discursive field in which these terms were brought into play, seeking to build a solid framework for conceptualizing politics, characterizing the moment and generating revolutionary politics.

Keywords: Juan Carlos Marín; democracy; civil war; socialism; Chile; MIR.

Introducción

El presente trabajo analiza los debates que se producen en el año 1986 dentro de una fracción del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) chileno, en torno a la cuestión de la democracia y la estrategia revolucionaria para la etapa que se estaba atravesando en el país trasandino caracterizada por la protesta social, la crisis económica y la discusión sobre la salida de la dictadura. El estudio se basa en un conjunto de documentos internos de circulación restringida –denominados aquí Cuadernos de Chile– producidos entre 1986 y 1990 por parte de un sector del MIR². En el presente trabajo me centraré en los cuatro cuadernos de 1986 en función del recorte temporal propuesto.

En estas discusiones asume un rol protagónico Juan Carlos Marín. Sociólogo argentino, uno de los primeros egresados de la carrera de Sociología de la UBA y comprometido con las luchas populares del continente, en septiembre de 1986 Marín se encontrará participando de esos debates en el marco del ala renovadora, frente a la fracción oficialista encabezada por el histórico dirigente Andrés Pascal³. La lectura de los mismos muestra el marcado carácter estratégico de la propuesta reflexiva de Marín. Los interlocutores no se encuentran identificados más que por una letra, pero la figura de Marín se reconoce en función del estilo de sus intervenciones, su terminología, sus permanentes análisis en clave estratégica y sus reflexiones que se inscriben en las que viene teniendo en sus otras publicaciones.

El objetivo del trabajo es poner de manifiesto las disputas en torno al concepto de “democracia”, discutido por un conjunto de intelectuales que lejos está de reconocerse como parte de la tribu transitológica. Uno de esos intelectuales es Marín y los Cuadernos permiten observar la densidad de una reflexión en el marco de la situación particular del país. Ello me permitirá mostrar que la democracia, lejos de ser un término estabilizado y cerrado con un sentido transparente era, por el contrario, una arena de disputa en torno a proyectos políticos y sociales diversos.

²No cuento con la serie documental completa (desconozco si existe la misma), sino con cuatro cuadernos de 1986, cuatro de 1989 y dos de 1990.

³La relación de Marín con el MIR se remonta a la década del 60 cuando, en su exilio del Onganiato, llega a la Universidad de Concepción. Lozoya López señala: “En los espacios intelectuales en América Latina, mientras tanto, ocurre un proceso de expulsión y atracción: expulsión de los lugares de origen debido a la persecución política de la dictadura y atracción hacia otros, como la Universidad de Concepción. Así llegó a Chile otro de los intelectuales argentinos, Juan Carlos ‘Lito’ Marín” (2020, p. 283). En esta Universidad el MIR tenía una presencia determinante siendo parte de la conducción política de la misma. Las discusiones político-teóricas eran parte sustancial de la organización que se veían fortalecidas aún más por esa presencia gravitante en el ámbito académico. Ello hizo que el MIR alimentara sus relaciones con una gran cantidad de intelectuales proveniente de diferentes lugares de América Latina, entre los que se encuentra Marín. El golpe a la Unidad Popular en septiembre de 1973 encontrará a Marín en Santiago de Chile, quien será detenido, sometido a torturas y liberado luego de una campaña internacional, saliendo hacia Argentina, luego a Europa y recayendo en México hasta 1984. Las relaciones de Marín con el MIR no se interrumpirán y regresará a Chile para participar de los encuentros aquí mencionados.

La pregunta que conduce el trabajo es en qué disputa de sentidos y a qué estrategia de poder tributan las prácticas discursivas contenidas en estos documentos mencionados. No se trata sólo de pensar la política como la continuación de la guerra, sino la política democrática que toma forma en las llamadas transiciones como continuación de la guerra. Por ello, el discurso que Marín formula en estos cuadernos a mediados de los 80 identifica dos sectores que están jugando con fuerza en ese momento. Uno, las Fuerzas Armadas (FFAA) que se niegan a abrir el proceso. Otro, una fracción de la burguesía que, junto a la sociedad política tradicional, abonan por esa salida democrática.

El problema que señalan los Cuadernos es que en ninguna de esas opciones están invitados los sectores populares y ello solo podrá lograrse con el fortalecimiento de una organización, de un sujeto político capaz de articular esa expresión social invisibilizada. De este modo, los Cuadernos ingresan a una contienda semántica en torno a la democracia, al socialismo, la guerra civil y la revolución en aras de inclinar el proceso hacia una vía más favorable a una política revolucionaria. Y aquí se encuentra uno de los más importantes combustibles de las discusiones presentes. La hipótesis que se sostiene es que si la burguesía busca una salida democrática es para evitar una radicalización de la lucha política que en 1986 aparecía amenazante. Por tal motivo, si Marín denuncia esa opción es con el fin de evitar la repetición de lo sucedido en Argentina, tanto en 1973 como en 1983. La democracia no debe quedar en manos de la burguesía y pequeña burguesía, tampoco de los partidos políticos tradicionales porque de ser así, es la garantía de la *continuación* por otros medios, de la domesticación de las luchas populares y la oclusión para la formación de una política revolucionaria.

Para ello, el trabajo se organiza de la siguiente manera. En el primer punto abordo dos episodios importantes que enmarcan las discusiones de los Cuadernos: la Constitución pinochetista de 1980 y las Jornadas de Protestas Nacionales (JPN) de esa primera mitad de los 80. El primer Cuaderno es de agosto de 1986 y esta segunda mitad de la década del 80 comienza con el momento de mayor calibre en el ascenso de las protestas que se desplegaron en toda la primera mitad de la década. Si bien la dictadura pinochetista continuaba, el problema de la democracia y de la transición a la misma comienza a ser un motivo de discusión, donde confluye aquel ascenso de la movilización de masas con el cronograma de salida propuesto en la Constitución pinochetista. En el segundo abordó la discusión sobre la democracia y el socialismo profundamente atravesada por el momento y la urgencia de elaborar una táctica adecuada en función de la correlación de fuerzas. En el tercero planteo la centralidad de la dimensión del saber en la lucha política. Marín reconoce que no hay forma de intervenir en el proceso sin una fuerza reconstituida políticamente y para ello se requiere reconocer la importancia de dicha dimensión. Finalmente, los últimos dos puntos tratan sobre el problema de la guerra civil y la cuestión democracia, nociones que ingresan en una profunda lucha por su apropiación.

1. Chile: la guerra en la transición

La idea de transición contiene la dificultad en reconocer el punto de inicio de la misma, así como su término. En el caso de Chile esa dificultad es extremadamente evidente. Desde el momento que la Constitución pinochetista de 1980 determina pasos para la transición, la dificultad de establecer el comienzo es palpable, porque hay un anclaje para poder pensar que la misma encuentra su puntapié en dicha Constitución. Por lo tanto, ¿comienza en 1980 o lo hace diez años después con la victoria de Patricio Aylwin? Al mismo tiempo, ¿esa transición ha terminado o, por el contrario, no es posible darle término hasta tanto la normativa legal que la encuadra no sea superada? Sea cuál sea la respuesta que prefiera darse, lo importante no es resolver esa discusión cronológica sino advertir los efectos que la propia formulación de las preguntas genera.

El 9 de julio de 1977, Pinochet dará un discurso en la cumbre del cerro Chacarillas en el marco del segundo aniversario del Frente Juvenil de Unidad Nacional, una agrupación de jóvenes fundada por Jaime Guzmán y que pretendió ser apoyo juvenil al régimen. El acto es recordado por el discurso de Pinochet que, escrito por el propio Jaime Guzmán, ofrecerá algunas líneas de lo que el régimen pensaba para una nueva institucionalidad.

Pinochet afirmará entonces: “(...) nuestro deber es dar forma a una nueva democracia que sea autoritaria, protegida, integradora, tecnificada y de auténtica participación social” (Pinochet, 1977, p. 13). Es autoritaria no porque reduce mayormente la participación en los términos en que lo plantea una democracia liberal, lo que recorta son las materias sobre las que puede decidir esa participación, por ello debe protegérsela de los excesos y debe cederse gran parte de su conducción a un grupo de expertos, tecnócratas que, avalados por su saber, tomen las decisiones y establezcan el rumbo de esos campos sustraídos a la participación popular.⁴ Por eso, cuando Marín advierta en estos debates que me convocan la importancia de darle un sentido específico a la democracia, no sólo está discutiendo con el sistema político tradicional, sino que al discutir con él, lo hace con este modo de entenderla que encuentra su antecedente en este discurso de Pinochet. En otras palabras, lo que en un nivel de análisis diferencia el sistema político tradicional que brega por la apertura con unas FFAA que se niegan a la misma, en otro nivel habría una indiferencia a partir de esta idea de democracia restringida que comienza a gestarse⁵.

En este discurso, además de la apreciación sobre esa particular forma que debe asumir la democracia, Pinochet-Guzmán plantea tres etapas (recuperación, transición y consolidación) donde en la primera se debe lograr el dictado y la aprobación de una nueva Constitución. Es así que, en ese marco de elaboración de un anteproyecto, la participación de la Comisión Ortúzar, el papel decisivo de Jaime Guzmán (Gárate Chateau, 2016, p. 229), etc., se llega al plebiscito del 11 de septiembre de 1980 que ratifica la nueva Constitución.

El mismo había dado lugar a impugnaciones, no sólo de sectores de la izquierda, sino de sectores moderados como la Democracia Cristiana. Eduardo Frei Montalva pronuncia un discurso el 27 de agosto de 1980 en el teatro Caupolicán, donde no sólo realiza una crítica del contenido que atenta contra las garantías democráticas y los mecanismos propios de un estado de derecho, sino también una crítica contra el modo en que la dictadura pretende legitimar su propuesta ya que “si el gobierno tuviera la seguridad de que en elecciones libres, abiertas e informadas, podría ganar, no recurriría a estos sistemas que la opinión pública nacional e internacional ya ha descalificado” (1996, p. 506) y que tiene como consecuencia la imposición a la mayoría por parte de una minoría un proyecto económico, político y social. Pese a sus críticas, Frei no desconoce el llamado al plebiscito y llama a votar por el “No”.

En primer lugar, parafraseando a Clausewitz, esta nueva Constitución será la continuación de la guerra, de la interrupción institucional y de la dictadura iniciada el 11 de septiembre de 1973. Es necesario señalar y remarcar la fuerza de la idea de “continuidad” que aquí se expresa y que Marín nunca ha dejado de prestarle especial atención⁶. En este caso, no se trata de un régimen militar que crea las condiciones para la emergencia posterior de una democracia

⁴Norbert Lechner escribe en marzo de 1981 un interesantísimo documento que será publicado como material para discusión por FLACSO-Chile y que luego se convertirá en un artículo de la revista Crítica y Utopía, N°6 del año siguiente. En el mismo, Lechner realiza un análisis de las implicancias que la nueva Constitución tiene para la democracia.

⁵Marín utilizará un término de gran importancia para pensar en esa conflictiva relación, pero relación al fin, entre sistema político tradicional y FFAA: tregua. Esta noción se encuentra en varios pasajes de sus obras, pero aparece con fuerza en Los hechos armados (2023) y resulta central para comprender las postdictadura.

⁶La lectura que realiza Marín de Clausewitz se encuentra en gran parte de sus trabajos, sin embargo, está especialmente presente en Leyendo a Clausewitz. Cuaderno 8, dos trabajos editados conjuntamente en 2009 por Colectivo Ediciones y PICaSo.

domesticada, de una “democracia de la derrota” que reemplaza a aquel, sino que, por el contrario, la institucionalidad de esa democracia protegida es parida durante y por la mismísima dictadura militar, lleva consigo sus rastros. En otras palabras, nunca tan evidente el vínculo estrecho y genealógico entre política y guerra, entre ley y violencia, entre Constitución y dictadura, entre dictadura y democracia.

En segundo lugar, el escenario que se abre marcado por esta convocatoria y con una profunda crisis económica en ciernes, se completará en los años inmediatamente siguientes. De mayo de 1983 a julio de 1986 se desarrollarán unas protestas sociales de gran calibre y magnitud, conocidas como Jornadas de Protestas Nacionales (JPN). El momento de las protestas es de crisis económica y de un régimen político sostenido por las FFAA pero que evidencia rupturas y tensiones importantes de sectores, uno los duros y nacionalistas que no avalan una apertura política; otros, los aperturistas que bregan por una democracia protegida.

Las JPN comienzan con el llamamiento a una protesta por parte de los trabajadores del cobre e irán adquiriendo fuerza inusitada a lo largo de tres años. Se trata de la “(...) primera amenaza seria a un régimen que hasta entonces se había demostrado prácticamente inexpugnable” (Pinto Vallejos y Leiva Flores, 2008, p. 84). Por su parte, Tomás Moulian denomina este proceso como “acoso” porque es la primera vez que la élite gobernante se sentirá amenazada desde aquel 11 de septiembre de 1973. Moulian (2017) distingue dos momentos de las mismas, el primero que denomina fase de ebullición y el segundo de repetición (p. 271), de manera que encuentra un límite en los últimos años que lo explica en términos de “rutinización” de la protesta. Por su parte, Quiroga (1998) afirma que las JPN “fueron la respuesta a la estrategia militar con que actuaba el régimen con el objetivo de infundir miedo” (p. 54) que, en los términos como lo veremos más adelante, el objetivo del régimen fue el de propinar una derrota moral.

Es importante señalar que las JPN no surgen de forma completamente espontánea ni irrumpen sorpresivamente sobre un cielo sereno, sino que son el resultado de un proceso de acumulación de fuerzas que se viene produciendo desde fines del 70. Claudio Pérez Silva (2022) habla de la recomposición del movimiento popular y de la izquierda chilena, del regreso clandestino de cuadros políticos al país que se encontraban en el exilio y de un rearme de las estructuras partidarias:

Dicho proceso de reanimación política y rearticulación social, caracterizado por el levantamiento de reivindicaciones y luchas sectoriales, marchas del hambre, las llamadas acciones audaces y sabotajes menores desplegados por las organizaciones de izquierda entre 1978 y 1982, se transformó en una importante experiencia y en un vertiginoso proceso de acumulación de fuerzas para el conjunto del movimiento popular y las distintas vertientes de la oposición. (p. 285)

Lejos de una situación de derrota y abatimiento, lo que se encuentra en estos momentos es un ascenso en el movimiento de masas, de las luchas sociales y de la organización política. La protesta que se conoce como el inicio de las JPN, el 11 de mayo de 1983, tuvo como protagonista al mundo sindical y, puntualmente, a los trabajadores del cobre de la mano de la Confederación de los Trabajadores del Cobre. Sin embargo, como indica Pérez Silva (2022), traspasó por mucho la convocatoria estrictamente corporativa e interpeló a un conjunto muy diverso de actores y organizaciones del campo social y político. Lo sorpresivo fue su masividad, la multiplicidad de formas de lucha y la radicalidad que fue creciendo en las diferentes jornadas, como también lo fue la respuesta represiva del gobierno. Como indican De la Maza y Garcés (1985, p. 33), el protagonismo de la protesta fue desplazándose de los sindicatos hacia los partidos políticos y movimientos sociales. Ello permite reconocer, no sólo la represión volcada sobre el mundo

sindical fuertemente golpeado, sino también el desplazamiento desde una etapa económico-corporativa hacia un momento de conflictividad política de alta intensidad que, incluso, deviene en lucha armada como su máxima expresión.⁷

Como señalan Pinto y Leiva (2008), esa primera mitad de la década del 80 alimentaba el optimismo de las agrupaciones de izquierda y, especialmente del MIR por algunas razones. En el plano nacional, además de las JPN, el Frente Patriótico Manuel Rodríguez se encontraba en expansión; mientras que, en el internacional, las experiencias armadas de El Salvador y Guatemala, ponían de manifiesto la vigencia de la vía armada como camino al socialismo.

Este contexto explica las condiciones de posibilidad de los debates analizados en las secciones siguientes. Los discursos de la guerra adquieren una especial característica: por un lado, la evidencia de una Constitución sancionada en Dictadura con su propuesta de una interminable transición a la democracia y, por otro, unas protestas que motivaron una lucha política cuya intensidad se expresó en la magnitud que adquiere la lucha armada contra la dictadura (Álvarez Vallejos, 2008). Así, los debates que se producen en esta década no pueden desligarse de estas dos discursividades de gran trascendencia para la vida política de Chile.

2. Democracia y socialismo

La década del 80 supuso la formación de un nuevo campo discursivo dentro del cual será pensada la política. Esto supondrá la pérdida de centralidad de algunos conceptos que supieron ser organizadores y vertebradores del debate intelectual y de la práctica política en las décadas anteriores. Así, las nociones que comenzaron a ocupar el centro de la reflexión política, tales como democracia política, transiciones a la democracia, quiebre, consolidación, élites, partidos políticos, liderazgo democrático, pacto, libertades democráticas, etc., fueron configurando el léxico y el sentido de lo político. Estas nociones reorganizan un campo semántico, la producción de un léxico compartido que configura otra manera de pensar las relaciones sociales, construye nuevos marcos espacio-temporales donde se despliegan certidumbres y expectativas, etc. En términos de Koselleck (2012), podríamos decir que asistimos a la emergencia de un concepto fundamental que permite la articulación de cierto lenguaje dentro del cual las distintas ideas se confrontan. Quentin Skinner (1993) afirmaba que “la señal más clara de que una sociedad ha entrado en posesión semiconsciente de un nuevo concepto es, en mi opinión, que llega a generarse un nuevo vocabulario, en cuyos términos queda entonces articulado y discutido el concepto” (p. 8). Ese concepto es el de “democracia” alrededor del cual gravitará un vocabulario que encuentra en los sistemas de partido, sistemas electorales, transición, quiebre, consolidación, libertades, las instituciones políticas, la sociedad civil, los movimientos sociales, el régimen político, etc. los términos que los circundan.

En este nuevo contexto discursivo, la relación entre democracia, marxismo y socialismo se vuelve compleja. Si, por un lado, la intelectualidad de izquierda⁸ revisaba críticamente su pasado y pensaba en el marxismo como un anacronismo, por el otro, no descartaba el socialismo sino que lo reinscribía en la tradición liberal (Lesgart 2003, p. 149). Sin embargo, el título con el que comienza el capítulo IV del libro de Lesgart es muy sugerente: “Desde el socialismo a la

⁷Rolando Álvarez Vallejos (2008) ha realizado un excelente trabajo sobre la experiencia militar del PC chileno en los 80. En el mismo, afirma que el PC reconocía en las JPN las condiciones propicias para el desarrollo del brazo armado del Partido (p. 29). Como también señalan Julio Pinto y Sebastián Leiva (2008), en relación al contexto de las JPN: “...nunca antes las condiciones políticas y sociales habían parecido tan propicias para la ratificación del diagnóstico mirista” (p. 85).

⁸Cecilia Lesgart denomina “intelectuales de izquierda” a ese conjunto de pensadores exiliados en México que, con un compromiso en la izquierda peronista y la izquierda marxista, la década del 80 los encontró involucrados en la transición a la democracia, pero sin renunciar a sus preocupaciones por el problema de la desigualdad. Entre ellos Juan Carlos Portantiero, Emilio de Ipola, José Aricó, José Nun, etc.

democracia”. No se abandona la preocupación por el socialismo pero se le asigna un lugar de reparto y ello conducirá a su definitivo destierro como concepto activo para pensar la política del momento.

No ocurrirá lo mismo con las discusiones de la izquierda marxista y revolucionaria desarrolladas en el marco del MIR. La conjunción copulativa “y” resaltada en el título de este apartado pretende remarcar el vínculo estrecho que en esas discusiones se le asigna al socialismo con la democracia. Ahora bien, como intentaré mostrar, ese vínculo expresa dos dimensiones. Una se relaciona con la etapa de la lucha. En este sentido, se requiere diferenciar la lucha por la democracia de la lucha por el socialismo en términos tácticos. La otra remite a la necesidad de reconocer el vínculo entre democracia y socialismo, es decir, si hay una verdadera democracia, esta no puede ser otra más que la vinculada con el socialismo.

Así, en los Cuadernos, frente a la fracción oficialista del MIR conducida por Pascal, se dice: “Si analizamos los documentos actualmente producidos por la fracción de Andrés Pascal, no se entiende si lo que se está planteando es el combate por la revolución socialista o una lucha democrática al interior del propio régimen capitalista” (1986a, p. 3). Se acusa a dicha fracción de no lograr diferenciar las tácticas en función del momento político. Esta dificultad estaría vinculada con la pobreza de la caracterización de la coyuntura, que no se desprende de la situación real de la lucha de clases en Chile ni del marco de alianzas que se está desarrollando. Si el documento establece una diferencia, esta responde al momento político que se ha instalado y cuyo sentido se encuentra en la idea de “democracia protegida” propia de la Constitución y del discurso pinochetista, así como de la noción más ligada a la tradición liberal de recuperación de los derechos políticos por parte del sistema político tradicional. Es ese el marco de sentido donde se inscribe la pregunta sobre la táctica más adecuada a adoptar por parte del MIR.

En términos políticos, la crítica refiere a la completa falta de anclaje en la realidad del planteo de la fracción oficialista. En este contexto se afirma: “(...) esa mayoría que está por ‘los cambios’ está hoy por el término de la dictadura y expresa distintas alianzas sociales, distintas alternativas de desarrollo social, que hoy confluyen en la meta de echar abajo el actual régimen y reconquistar la democracia política” (1986a, p.3). En otras palabras, la lucha de clases en Chile no parece expresar un ciclo de ascensos marcado por la autonomía de la clase trabajadora, la conducción del proceso por ella y la hegemonía de su perspectiva clasista, sino por una alianza de clases cuyo objetivo es la recuperación de lo que llaman en el documento “democracia política”⁹ con la recomposición de los derechos políticos, pero no los derechos sociales ni de la discusión de las bases económicas. Por esta razón, esta fracción renovadora del MIR no deja de recuperar la cuestión de la democracia advirtiendo, al mismo tiempo, las ambivalencias semánticas que la política de los 80 en Chile impone. No abandona la perspectiva de una democracia radical, social, popular, pero reconoce que es la democracia política el signifiante que por el momento permite la articulación de esa alianza de clases contra el régimen.

En este sentido, un punto parece distintivo: la necesidad de leer correctamente la lucha de clases en las condiciones actuales. Sin eso no hay capacidad de producir una táctica y estrategia revolucionarias adecuadas al momento. La cuestión democrática que se imponía en esa década en el continente, para Chile no es la excepción, debe ser pensada desde la territorialidad insurgente de la clase, sin descuidar el hecho de que el proceso histórico-político está siendo conducido por la burguesía. Pero para ello se debe recomponer esa territorialidad y esta no

⁹Es el término con el que los estudios de las transiciones denominan a la democracia formal, institucional, lo que Dahl llama poliarquía, es decir, democracia liberal que supone a los derechos políticos, algunos derechos civiles, pero ausencia de la dimensión social.

podrá hacerse en este momento sin alianza social. De este modo, la línea renovadora del MIR entenderá que la recomposición de esa territorialidad no debe hacerse profundizando el sectarismo y el internismo que propone el oficialismo de Pascal, sino con una política de alianzas pero con el desafío de proponer una que permita ganar espacios, construir hegemonía social y expresar sectores sociales hasta el momento invisibilizados que permitan, finalmente, conducir ese espacio y darle a la lucha democrática un carácter insurgente y clasista.

¿Cómo lograrlo? El primer paso consiste en recomponer al MIR, lo que sería, en palabras del documento, volver a armarlo políticamente y unificarlo moralmente. Esta es la discusión que un sector político de Chile se está dando de cara al fin de la dictadura y el debate sobre la democracia. Se debate la democracia y el carácter que esta debe asumir, no se da por sentada simplemente la democracia política como único modo posible.

En cierta forma, se admite que la discusión sobre el vínculo entre democracia y socialismo solo puede darse si supera los límites de un debate académico. Para ello, debe inscribirse en las condiciones sociales y en el marco de las alianzas políticas posibles de construir. Asimismo, debe partir de una lectura de la lucha de clases en la que el componente bélico no puede estar ausente, aunque debe quedar subordinado al análisis de la política y de la estrategia trazada a partir de ella. De allí “(...) la necesidad de construir una amplia alianza social y de engarzar las tareas democráticas y las tareas socialistas (...)”, ya que ha sido distintivo de los procesos revolucionarios latinoamericanos como del proceso vietnamita “(...) la capacidad de combinar la lucha social, la lucha militar y la lucha política, negociando y combatiendo” (1986a, p. 9). Esto es posible por la construcción política y la raigambre popular que tiene el Movimiento; caso contrario, el sectarismo será la respuesta a esa carencia.

Marín identifica una pretensión por parte de los sectores y partidos de la burguesía, incluso de la socialdemocracia del PS y la izquierda tradicional del PC, de reconducir el movimiento social que se expresa fundamentalmente en las JPN hacia la esfera de la política. En ello hay una advertencia leninista de evitar que esa insurgencia sea domesticada, moderada, encorsetada por el sistema político ya que esa sería la mejor opción del sistema por neutralizarla. Afirma que “la sociedad política chilena está restringida a las formas tradicionales de la construcción histórica burguesa del estado nacional” (1986a, p. 13), por lo que la contradicción de clase queda subsumida en la identidad del ciudadano y la Nación. De este modo, la resolución a través de los canales políticos de ese movimiento social con potencia progresiva se obtura. Con ello, la sociedad política logra bloquear las expresiones más radicalizadas de la izquierda, entre ellas al MIR. Por ello afirma que la única posibilidad de fuerzas real se encuentra en lo social y que se debe impedir que la resolución del proceso de movilización se restrinja exclusivamente a la sociedad política tradicional, formas de resolución que fueron adoptadas en Argentina, Brasil y Uruguay, señala.

La manera de lograr esto es fortaleciendo las herramientas que organizan la clase con el objetivo de lograr autonomía y disputarle la conducción del proceso a la burguesía. En los siguientes puntos se analizarán las dificultades y los caminos para lograr estos objetivos y retomaremos la cuestión democrática, pero bajo los términos del discurso de la guerra.

3. Saberes y estrategias

Hay una constante necesidad de reconocer con precisión los momentos en los que se encuentra la lucha de clases en Chile. Sea un proceso de ascenso de la lucha de clases pero hegemonizado por la burguesía; como también el estado de situación de la fuerza política, el MIR, en función del lugar de donde se viene que es el de una profunda derrota. Esta derrota se expresa de varias maneras.

Marín siempre ha prestado especial atención al armamento teórico, es decir, la labor intelectual y la precisa reflexividad teórica inscrita en términos estratégicos que permitan avanzar en la lucha de clases. No ha dejado de inscribirse en esa larga tradición que, desde las armas de la crítica de Marx (2004), el campo de lucha teórico de Engels (1971), la centralidad de la teoría revolucionaria de Lenin (2007) y el reconocimiento nietzscheano del peso estratégico del saber en las relaciones de poder en Foucault (1992), nunca descuidó el vínculo entre la reflexión y práctica política. Su propuesta de lectura es realmente interesante, considerando su propia trayectoria intelectual. Uno de los primeros egresados de la carrera de Sociología de la UBA, discípulo de Gino Germani y heredero de la sociología científica, participa en esa renovación que en la década del 60 incorpora el marxismo como parte de la formación académica. En esos momentos lee a Clausewitz y en los 70 incorpora las lecturas del Foucault de *Vigilar y castigar* y las primeras ediciones de *Microfísica del poder*.

Por esta razón logra afirmar que “no es purismo, es ignorancia”, refiriéndose a modos de comportamiento y errores cometidos anteriormente por miembros del MIR, para explayarse más adelante con

(...) el orden de la ignorancia es una construcción histórica de las clases dominantes. La ignorancia no es la ausencia de cualquier saber, no es una caja vacía, es una caja llena de microprocesos, de visiones de la realidad, de deformaciones que contribuyen al dominio de los sectores que concentran la riqueza. (1986a, p. 10)

Esta ignorancia se produce cuando los grupos revolucionarios abandonan el desarrollo de la conciencia de las masas y la dejan librada al espontaneísmo, una conciencia revolucionaria que será resultado de la emergencia involuntaria en la medida que se enfrenten a las condiciones reales. No se puede abandonar “(...) porque ese abandono es inmediatamente ocupado por la presencia de imágenes burguesas, que se apropian de la historia popular y expropian al pueblo de la presencia social que ha construido” (1986a, p. 23). Por lo tanto, el *avance* teórico, la teoría como *arma*, parecen ser metáforas pero que, con Marín, adquieren un vigor en el campo de la lucha de clases considerando que no hay posibilidad de victoria si la batalla no se libra en el terreno de la teoría, tanto como modo de comprensión en aras de la elaboración de una correcta estrategia, como en la construcción de un sentido popular de nuestro mundo y de las relaciones sociales. En otros términos, el saber no adquiere sólo valor instrumental, es la forma de construir nuestra visión del mundo frente a la que tenemos, que no es nuestra y que es la constatación y ratificación de nuestras derrotas.

Para el primer caso, encontramos las críticas al MIR por no conocer con precisión los cambios en la estructura social chilena producidos en las últimas décadas, así como las modificaciones en el sistema productivo. Sobre esas condiciones se actúa y si no se las conoce sólo se puede aspirar a una militancia precaria, algo muy arriesgado considerando todo lo que se está poniendo en juego. Pero, en relación con el segundo modo de concebir el saber, Marín llama la atención sobre que la matriz dicotómica guerra-paz es un triunfo de la burguesía en la medida que resulta una pregunta siempre urgente y necesaria: ¿a qué se llama “paz” y a qué “guerra” en el orden social capitalista? También podríamos mencionar el concepto “guerra civil” y las emociones que la misma provoca ya que debe ser evitada al tratarse de un conflicto entre hermanos. Por ello Marín dirá: “Hay una argucia del capitalismo: vacuna al conjunto de la sociedad contra los peligros de la guerra civil” (1986c, p. 10) y se trata de un engaño por ser el mismo capitalismo el que produce las condiciones para esta guerra civil, el que la genera y el que la promueve al fundar el orden social sobre dos clases.

Entonces, no sólo participa en un debate que, en sí mismo, se está jugando en el terreno de la lucha de clases, lo hace también al considerarlo imprescindible como modo de advertir al MIR la importancia de esa batalla y de su puesta en juego para una caracterización correcta de la etapa.

4. La argucia de la guerra civil

Hay una primera cuestión en la caracterización del momento y es la lectura que hace Marín de la estrategia del pinochetismo. El régimen provoca hechos políticos con el fin de crear escenarios que obliguen a una respuesta militar, realizar acciones políticas que se conviertan en enfrentamientos militares. La razón de ello es la crisis en la que se encuentra el régimen y la percepción de que ha perdido la conducción del proceso político. Marín dice:

(...) Pinochet al afirmar que se vive una ‘situación de guerra’ lo que está diciendo es que va a tratar a los luchadores populares como a soldados, como a hombres armados. Es entonces mejor asumir la realidad: hoy la lucha por objetivos políticos tendrá que darse también utilizando instrumentos militares (1986b, p. 24).

Marín sostuvo esta afirmación a lo largo del diálogo entendiendo que el pinochetismo se encuentra en crisis y aislado, mientras que la burguesía se distancia del régimen y de la salida militar que este propone. En otras palabras, se asiste a un quiebre del bloque de poder. Frente a esto, el pinochetismo se encuentra en la necesidad de convertir todo enfrentamiento político en un enfrentamiento material, es decir, que toda lucha política asuma un carácter militar. Marín admite que no se está en condiciones de afrontar la confrontación en términos militares, pero tampoco de abandonar por completo el escenario político-militar, mientras el pinochetismo intenta impedir su aislamiento y demostrar que sigue siendo un interlocutor válido.

Por ello, el régimen quiere convencer a la sociedad de “(...) la inminencia de la guerra civil...” (1986b, p. 4). El calibre de las protestas nacionales de julio de 1986 y los desembarcos de arsenal en Carrizal Bajo, fueron dos grandes motivos para pensar que 1986 (como lo pensaba una gran parte de la militancia comunista) era el año decisivo que terminaría con la dictadura¹⁰. En ese marco, la lectura que se realiza en los documentos del MIR por parte de Marín es que el pinochetismo, con el fin de retomar la iniciativa que había perdido, comienza también a plantear la hipótesis militar, en tanto es el campo en el que mejor se desempeña. De aquí que todo acontecimiento político lo intenta reconvertir en enfrentamiento militar, sobrevaluando la capacidad bélica de las fuerzas contrincantes, para que la opción militar del régimen tenga sentido.

Este diagnóstico lleva a Marín a afirmar que “desde la perspectiva del pueblo no se busca una resolución militar de la situación, por el contrario, el objetivo es infligir una derrota política y moral a la fuerza de guerra que ocupa el territorio” (1986b, p. 6). El uso de armas por parte de las organizaciones populares no implica, por sí mismo, que la forma de lucha sea militar. Se trata, más bien, de asumir una política en territorios ocupados y controlados por el régimen, donde las condiciones pueden requerir ese tipo de abordaje y, eventualmente, el recurso a las armas. Sin embargo, esto no alcanza para caracterizar esa etapa como una etapa de guerra ni como una forma de lucha propiamente militar. Dirá Marín que no nos encontramos frente a una confrontación entre fuerzas armadas que obedecen, ambas, a una estrategia militar cuyo objetivo sea la destrucción del poder material del otro:

El objetivo de una estrategia político militar en condiciones de guerra es *desarmar al enemigo*, arrebatarle su poder material. Este es el objetivo de la guerra. En

¹⁰ Así lo afirma Rolando Álvarez Vallejos (2008, p.64).

cambio, el de la política, es la *transformación estratégica del período*. En el curso del cumplimiento de tareas políticas se producen encuentros militares, pero eso no es una guerra. (1986b, p. 9)

Esta intervención de Marín se enuncia en ese momento bisagra que se produce entre el ápice de las JPN de julio, las acciones frustradas de Carrizal Bajo y el atentado a Pinochet. En este septiembre de 1986, Marín afirmará que las derrotas sufridas por las vanguardias se deben a una apreciación equivocada de las condiciones de la lucha de clases en Chile. Más acá, el historiador Álvarez Vallejos ve en este momento el agotamiento de la perspectiva insurreccional del FPMR (2008, p. 64). Por lo tanto, lo que Marín intentaba plantear en el seno de ese grupo que se presenta como renovación del MIR, es la imperiosa necesidad de la construcción política como camino al planteamiento insurreccional. Sin fortalecimiento de la herramienta del MIR, la insurrección queda a merced de la espontaneidad y, con ello, muy cerca de una posible derrota.

Estas discusiones y la intervención de Marín, lo muestran en una posición de leninismo explícito si por ello entendemos una observación aguda de las condiciones para la definición de una táctica en función de las mismas. No se trata de un escenario dicotómico de claro enfrentamiento, sino un momento de fractura del bloque de poder, de recomposición de alianzas de clases, un escenario caracterizado por los grises que requiere de mucha inteligencia, astucia y rapidez para moverse.

Como ya mencioné, la primera mitad de los 80 estuvo caracterizada por la centralidad de las JPN. No ha sido el armamento lo fundamental para disputar la territorialidad a la dictadura, sino la acción directa de masas, en poblaciones, en centro de estudiantes, en sindicatos, en las calles, afirma Marín. Pero esa acción directa giraba en torno a la recuperación de los derechos civiles y políticos. En este sentido, aún no era socialmente reconocido el momento político-militar que se inscribiera en una estrategia de lucha por el socialismo.

5. La superstición democrática

En ese septiembre de 1986 Marín afirma: “El enemigo ha aprendido mucho: sabe que es indispensable forjar una defensa estratégica y su táctica actual, para conseguir esto, es construir aceleradamente una transición democrática regida y controlada por él” (1986c, p. 13). Marín alude a la transición en Argentina, reconociéndola como una táctica del enemigo, un movimiento hecho por el enemigo en el tablero de la lucha de clases en Argentina. Entonces, no hay recuperación, no hay conquista, no hay victoria, es un movimiento más en el teatro de la lucha de clases que deviene después de la etapa militar signada por la dictadura.

Unos diez años antes, Marín se encuentra abocado a su gran investigación que será conocida como *Los hechos armados*. El libro cuenta con un capítulo titulado “La democracia, esa superstición” pensado originalmente como introducción al segundo trabajo (“Los hechos armados”¹¹) y cuya finalidad era evidenciar los antecedentes que fueron conduciendo a que las luchas sociales de mediados de siglo XX vayan asumiendo cada vez más un carácter armado en los 70. Es la “(...) larga acumulación de experiencias de las luchas sociales de los últimos treinta años” (2003, p. 41) lo que conduce a la burguesía argentina a tomar la decisión irreversible de

¹¹Libro iniciado a mediados del 75 y finalizado poco tiempo después. Este libro es resultado de una investigación que se publica por primera vez transcurrido muy poco tiempo de iniciada la dictadura de 1976. Cuenta con una edición en 1978 que se llamó “Acerca de la relación poder-saber y la relación saber-poder (La razón de la fuerza o la fuerza de la razón)”, aunque su publicación más conocida data de 1979 a cargo del CELA (Centro de Estudios Latinoamericanos) de la UNAM. Entre esas fechas se producen diferentes ediciones, circulación de manuscritos, correcciones por parte del autor, explicable todo por ello por las condiciones de clandestinidad y persecución existentes en el continente, como la de 1982 con el título “Acerca del estado del poder entre las clases”. Tiene una edición realizada por el CICSO en Buenos Aires en 1984 que lleva como título *Los hechos armados*, un ejercicio posible. En la década del 90 se reedita por el PICaSo y luego una nueva edición en 2003.

asumir, cada vez con mayor tenacidad, la respuesta armada. Si en este texto dirá que la salida electoral de 1973 tuvo como objetivo desactivar el momento político-militar de la lucha de clases, en 1986 afirmará en Chile que la transición democrática es la táctica del enemigo para producir una nueva derrota al campo popular.

Con esa lectura a cuestas, Marín interviene en el debate chileno, con la intención de querer evitar que el desenlace del proceso que se está atravesando en 1986 se dé por vía de la militarización de la organización, tal como parece expresar la corriente histórica de Andrés Pascal en el MIR, pero también evitar que el desenlace sea por vía de una salida político-liberal conducida por el sistema político tradicional que es la que, finalmente, termina sucediendo. Para evitar ambas salidas, desde una lectura que recupera el marxismo y el leninismo, entiende que es necesario construir una fuerza popular con autonomía y capacidad de hegemonía de la clase. Autonomía para tener una expresión política propia y que no dependa de una expresión de alianza de clases, hegemonía con el fin de conducir un proceso a través de un programa propio.

Pero aquí aparece otro elemento urticante para el orden del pensamiento y mucho más para una década que pretendía desterrar todo atisbo de conflicto. Esta hegemonía, según Marín, debe ser capaz de montarse sobre las condiciones que ofrece la guerra civil interburguesa. Toda guerra civil es interburguesa, pero es la que genera las condiciones para el desarrollo de la revolución socialista.

Las condiciones revolucionarias se construyen en un proceso de enorme complejidad. Esa complejidad tiene que ver con la autonomía lograda por la clase revolucionaria, capaz de alcanzar la dirección del proceso que se abre ante una crisis política que deviene en guerra civil interburguesa. Esa capacidad de dirección es la que le puede permitir crear las condiciones para la revolución social. En este momento de la conversación se produce una suerte de balance crítico en relación a la falta de acción por parte del MIR en octubre de 1972, donde existía una guerra civil interburguesa, pero a la organización le faltó la iniciativa de participar decididamente sobre esas condiciones de manera tal de inclinar la dirección del proceso hacia una salida revolucionaria.

En 1972 la gran burguesía produce bloqueo y sabotaje económico. La pequeña burguesía y los sectores populares estaban contra esas medidas. Por lo tanto, la burguesía se encontraba dividida. Estas acciones de carácter económico tenían como objetivo producir o inflamar la crisis política. Ante esta situación se produce por parte de la Unidad Popular (UP) una resolución burguesa de la crisis que es la incorporación de las FFAA al gabinete de Allende. Se trata de un arreglo interburgués, la incorporación del Gral. Prats con el objetivo de apaciguar la ofensiva de la burguesía. Este objetivo es exitoso, pero hasta junio de 1973 cuando se produce el tanquetazo o tancazo, primer intento de golpe de Estado contra el gobierno de la UP.

En el documento de octubre de 1986 se vuelve sobre este tema donde Marín afirma que, en la coyuntura de 1972, las fuerzas populares comenzaban a tener el control de los centros de producción y distribución. En esa circunstancia, el paro patronal y el bloqueo económico la UP lo resuelve frenando aquella ofensiva popular. Lo hace a través de dos medidas. Primero, en el campo de la política, incorporando a las FFAA al gabinete del gobierno, en el campo de la sociedad, a través de la sanción de la ley de control de armas: “La UP legitimó el control militar del espacio y el desarme político, moral y militar del campo popular, que hasta ese momento había logrado un avance importante” (1986d, p. 13). De todo esto se desprende la crítica al MIR:

(...) faltó la resolución de golpe de mano, de audacia, en la conducción política revolucionaria, en el sentido de no dejarse amedrentar por el defensismo socialdemócrata. Pasó lo mismo que en 1917 en Rusia: Lenin tuvo que vencer el defensismo que anidaba en la propia conducción bolchevique. Pero en Chile no

hubo una cabeza leninista. (1986c, p. 10)

En Chile faltó ese atrevimiento que sí se encontró en Rusia. A la distancia padecemos el síntoma de la inexorabilidad de la revolución de octubre. Una inexorabilidad maciza construida a lo largo de un siglo de presencia de la URSS. Sin embargo, esa revolución fue pacientemente construida y organizada desde tiempo antes y, además, gozó de la audacia de un Lenin que en el tiempo preciso logró poner al partido Bolchevique en la conducción de esa potencia social revolucionaria en dirección al palacio de invierno. Esa audacia fue la gran ausente en 1972 en Chile: “La resolución errada de ese momento político fue también el talón de Aquiles de los procesos posteriores de 1973. Hay una argucia del capitalismo: vacuna al conjunto de la sociedad contra los peligros de la guerra civil” (1986c, p.10). Esa resolución errada significa esa falta de audacia para conducir la potencia desatada por esa crisis hacia una revolución social hegemonizada por los desposeídos y, además, ese yerro provocó que los muertos que se suceden de ahí en adelante sean sólo puestos por el campo popular, afirma Marín.

También en esta cita es interesante la idea de la argucia del capitalismo en el sentido que pretende inocular la idea de horror frente a la guerra civil, cuando es ese capitalismo el que siembra la guerra civil. Por ello Marín, inmediatamente después, afirma: “(...) hay que dejarse también conducir a la guerra civil burguesa, hay que admitirla, sembrarla y cultivarla” (1986c, p. 10), toda una afirmación que provocaría reacciones de completo rechazo. Sin embargo, si la guerra civil es una argucia del capitalismo, es al mismo tiempo, aquello que no deja de anidar constantemente en su seno. La argucia de la guerra civil fue utilizada para el desarme político y moral de la clase trabajadora

Por esta razón la guerra civil interburguesa es un horizonte que no debe ser esquivado o evitado por las clases revolucionarias. La Comuna de 1871 aparece, una vez más, con su enseñanza de ser una guerra internacional que desemboca en guerra civil para, finalmente, desarrollar el momento de revolución social. El conflicto bélico es el escenario de despliegue previo a la revolución: China, Vietnam, Cuba, Nicaragua son los ejemplos de ello. Lucha contra regímenes dictatoriales, guerra civil interburguesa, guerras interestatales, esos son los escenarios de donde se alimenta la revolución social.¹² De este modo, Marín plantea lo siguiente:

Perder esta percepción lleva a la derrota. Esa es la raíz de la explicación de la incapacidad del fantástico desarrollo de la lucha de clases en Argentina en la década del '70. Las conducciones revolucionarias no asumieron que se había entrado en la etapa franca de desarrollo de una guerra civil burguesa, que encerraba, en su continuidad, la posibilidad de una guerra revolucionaria. La defensa estratégica que el enemigo instrumentó se basó en un profundo proceso de aprendizaje, que se basa siempre en la capacidad de aprovechar los errores del campo popular. No entender la experiencia argentina puede llevar hoy en Chile a una nueva derrota. (1986c, p. 13)

Por eso la salida electoral del 73 fue el modo de obturar esa guerra civil en Argentina y el golpe de Estado se constituyó en el modo de desarticular por completo toda esa red insurreccional anidando en las conductas indóciles de todo el campo popular y sus organizaciones colectivas. En el Chile de la primera mitad de los '80, esa guerra civil latente entre fracciones de la burguesía, el régimen la resuelve con el recambio pinochetista.

Reitero, toda guerra civil es interburguesa y puede devenir en revolución socialista. Montarse

¹²Bonavena y Millán (2013) plantean la escabrosa cuestión de la acumulación socialista y la vía revolucionaria desde regímenes democráticos.

sobre esas condiciones implica poder levantar un programa que sea capaz de articular esa diversidad de fuerzas contenida en la alianza de clases. Esto en Chile supone, en la década de los 80, la construcción de un programa de democratización, programa de recuperación de los derechos políticos. Ese programa debe ser genuino, no debe ser una argucia dice Marín, un engaño para lograr que las otras fuerzas se acerquen. Debe ser genuino en tanto exprese las condiciones en las que se encuentra en ese momento la fuerza.¹³ A medida que se acumula fuerza, que se avanza, que se gana territorialidad social, aquel programa va quedando corto y la capacidad que se adquiere con las victorias y los avances, en esa correlación de fuerzas que se va logrando, hará posible radicalizar el programa. Si se radicaliza antes, será ficticio porque no responde a las condiciones mismas y ahuyentará a las fuerzas sociales que no son proletarias pero que, en determinado momento, pueden estar en alianza con la clase trabajadora.

El debate gravitará en torno a estos cuatro elementos mencionados: democracia, autonomía, hegemonía y guerra civil, en otras palabras, la construcción del socialismo y su relación con la democracia; la reconstrucción del sujeto político que le da cuerpo a la clase; finalmente, las condiciones para la revolución social.

Conclusión

Si en el primer apartado examiné, someramente, el momento de ascenso de la lucha de clases en los 80, luego de la catastrófica derrota que supuso 1973, no por ello Marín extrae la conclusión inmediata de estar frente a un momento prerrevolucionario. En la lectura leninista que propone, reconoce el momento de lucha existente, sin embargo, este se encuentra en la etapa de lucha democrática, es decir, una lucha que atraviesa transversalmente diferentes fracciones de clase y que se encuentra conducida por un sector de la burguesía. No obstante ello, el proceso se encuentra disputado en torno a su conducción: o se resuelve progresivamente, logrando cada vez más fuerza y autonomía de los sectores populares a través de sus organizaciones o regresivamente de la mano del sistema político tradicional. De ahí que Marín esté tan interesado en que Chile no repita la experiencia argentina. Aquí es donde se ponen en evidencia las discusiones político-intelectuales en torno a la democracia y la producción de su sentido.

Me detuve, fundamentalmente, en el año 1986 porque es un año bisagra, al menos por tres razones. Las discusiones del MIR se producen en la segunda mitad de ese año, inmediatamente después de la gran jornada del 2 y 3 de julio de la JPN. Esta es la primera de las razones, el ascenso de la movilización social que, si bien no indicaba una situación prerrevolucionaria, sí advertía de una dinámica hacia una posible radicalización en la lucha de clases. Es por ello que resultaba imperioso y urgente pensar la política a darse con el fin de alimentar esa dinámica. La segunda razón es el descubrimiento del arsenal en Carrizal Bajo que ya se mencionó en el trabajo. La dimensión del operativo de ingreso de armas para la revolución organizado por el PC fue de tal magnitud, que se sospecha la existencia de parte de ese armamento que logró ser sustraída al régimen. Si bien el descubrimiento por parte del régimen supuso un duro golpe para las aspiraciones revolucionarias, no por ello dejaba de ser un motivo de preocupación, tanto para las FFAA como para sectores de la burguesía que, ante cualquier indicio de pérdida de iniciativa, utilizan todos los medios a su alcance para lograr recuperarla. Por último, la tercera razón es el intento fallido de atentado contra Pinochet por parte del Frente Patriótico Manuel Rodríguez a comienzos de septiembre. Efectivamente, como señala Rolando Álvarez Vallejos (2008), a finales de 1986 la historia comenzaba a girar en un sentido contrario a las aspiraciones revolucionarias.

¹³“En Chile es indispensable hacer vigente el axioma leninista de que el proletariado es el más consecuente luchador por la democracia. Pues sólo haciendo presente a los de abajo en el combate por los derechos políticos, en la configuración de la guerra civil burguesa, se podrá cuestionar la iniciativa y la hegemonía enemiga” (1986c, p. 6).

Sin embargo, lo que los Cuadernos muestran es la necesidad de advertir que la rueda de la historia puede girar en sentido contrario como finalmente lo hizo, pero que también, lo puede hacer en el otro sentido. No es inexorable que lo haga para alguno de los lados, sino que es la voluntad en su optimismo la que puede torcer los rumbos y las direcciones, una voluntad que debe nutrirse de un saber estratégico con el fin de reconocer el mejor modo de intervenir en función de las condiciones existentes y las circunstancias.

El problema de la lucha de clases, el problema de la revolución, el problema de la guerra civil adquiere un nuevo relieve de discusión a partir de los 80, con el retorno de la democracia o, al menos, con una perspectiva de cercanía. El gran interrogante que atraviesa a estos intelectuales es ¿cómo seguir pensando la lucha de clases en una democracia que, para su legitimación, debía hacer borrón y cuenta nueva respecto al pasado reciente? De una forma clara y contundente lo supieron expresar un poco más acá Pablo Bonavena y Mariano Millán (2013) a partir de la pregunta: “¿Es posible una acumulación socialista y anticapitalista bajo la democracia representativa? (...) ¿Cómo acumular poder para una perspectiva socialista en democracia?” (s/p). Parte de las respuestas a estos interrogantes dan cuerpo a los debates del MIR a mediados de los 80. Sustraer la democracia de las manos de aquellos sectores que le pretenden dar un carácter liberal, formal, institucional y procedimental, para otorgarle un carácter popular, participativo, radical.

Aquí concluyo esta primera aproximación al intento por dar forma al campo de debate político-intelectual de mediados de los 80 en Chile en torno a la guerra como matriz de análisis de la política. Este campo será completado con un conjunto de discursos que me encuentro trabajando en este momento.

Referencias bibliográficas

- Álvarez Vallejos, Rolando. (2008). “Aún tenemos patria, ciudadanos”. El Partido Comunista de Chile y la salida no pactada de la dictadura (1980-1988). En Valdivia, Verónica; Álvarez, Rolando; Pinto, Julio, Donoso, Karen; Leiva, Sebastián, Su revolución contra nuestra revolución. Vol. II. (pp. 19-82). LOM Ediciones.
- Bonavena, Pablo y Millán, Mariano. (2013). Elementos para un balance de la izquierda argentina en 30 años de democracia. En Cuestiones de Sociología. N° 9. https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.5876/pr.5876.pdf
- De la Maza, Gonzalo y Garcés, Mario. (1985). La explosión de las mayorías. Protesta Nacional 1983-1984. ECO Educación y Comunicación.
- Engels, Federico. (1971). Las guerras campesinas en Alemania. Editorial Grijalbo.
- Foucault, Michel. (1992). Nietzsche, la genealogía, la historia. En Microfísica del poder. (pp. 7-29). La Piqueta.
- Frei Montalva, Eduardo. (1996). Discurso con motivo del plebiscito de 1980. En Gazmuri, C. Arancibia, P y Góngora, A., Eduardo Frei Montalva (1911-1982). (pp. 502-520). Fondo de Cultura Económica.
- Gárate Chateau, Manuel. (2016). La revolución capitalista de Chile (1973-2003). Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Koselleck, Reinhart. (2012). Historia de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social. Editorial Trotta.
- Lenin, Vladimir Ilich. (2007). ¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento. Ediciones Luxemburg.
- Lesgart, Cecilia. (2003). Usos de la transición a la democracia: ensayo, ciencia y política en la década del ochenta. Homo Sapiens.

- Lozoya López, Ivette. (2020). *Intelectuales & Revolución. Científicos sociales latinoamericanos en el MIR chileno (1965-1973)*. Ariadna Ediciones.
- Marín, Juan Carlos. (2009). *Leyendo a Clausewitz. Cuaderno 8*. Colectivo Ediciones / P.I.CA.SO
- Marín, Juan Carlos. (2003). *Los hechos armados. Argentina 1973-1976. La Rosa Blindada* / P.I.CA.SO
- Marín, Juan Carlos. (1986a). *Construir una política (debate)*. En AA.VV. *Cuadernos de Chile*.
- Marín, Juan Carlos. (1986b). *Segunda jornada. El momento PM*. En AA.VV. *Cuadernos de Chile*.
- Marín, Juan Carlos. (1986c). *Tercera jornada. Problemas de cultura. La secuencia revolucionaria*. En AA.VV. *Cuadernos de Chile*.
- Marín, Juan Carlos. (1986d). *Cuarta jornada. Sobre el programa*. En AA.VV. *Cuadernos de Chile*.
- Marx, Carlos. (2004). *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel*. Del Signo.
- Moulian, Tomás. (2017). *Chile actual. Anatomía de un mito*. LOM Ediciones.
- Pérez Silva, Claudio. (2022). *Todos juntos y al mismo tiempo contra la dictadura de Pinochet. El paro nacional del 2 y 3 de julio de 1986*. En Bravo Vargas, Viviana y Pérez Silva, Claudio (eds), *Huelgas, marchas y revueltas. Historias de la protesta popular en Chile, 1870-2019*. (pp. 284-322). Fondo de Cultura Económica, Chile.
- Pinochet, Augusto. (1977). *Nueva institucionalidad en Chile. Discurso de su S.E. el Presidente de la República General de Ejército D. Augusto Pinochet Ugarte*. <https://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-127202.html>.
- Pinto Vallejos, Julio y Leiva Flores, Sebastián. (2008). *Punto de quiebre: el MIR en los ochenta*. En Valdivia, Verónica; Álvarez, Rolando; Pinto, Julio, Donoso, Karen; Leiva, Sebastián, *Su revolución contra nuestra revolución*. Vol. II. (pp. 83-138). LOM Ediciones.
- Quiroga Z., Patricio. (1998). *Las jornadas de protesta nacional. Historia, estrategias y resultado (1983-1986)*. Encuentro XXI, 4 (11). https://www.archivochile.com/Ideas_Autores/quirogazp/quirogaz_p0004.pdf
- Skinner, Quentin. (1993). *Los fundamentos del pensamiento político moderno. I. El Renacimiento*. Fondo de Cultura Económica.